

ADVERTENCIA CONTRA LA COMPLACENCIA

Malaquías 2:17-3:5 (Lucas 3:1-6)

El adviento es un tiempo preparativo. Nos preparamos para la venida de Cristo, y la preparación adecuada para su venida es el arrepentimiento.

Pero nosotros cristianos hoy tenemos un problema con el arrepentimiento. Ya conocemos a Cristo. Ya hemos recibido el perdón de los pecados. No siente la gran necesidad de arrepentimiento. Si vamos a ser sinceros, estamos bastante satisfechos con nuestra relación con Dios. La complacencia describe nuestra actitud hacia Dios.

Esta misma actitud es la que caracterizaba el pueblo de Israel cuando Dios envió al profeta Malaquías. Esta mañana, quiero que escuchemos de nuevo el mensaje de Dios a través de su profeta, porque es un mensaje actual y acertado.

Para comprender el mensaje de Malaquías, necesitamos saber el contexto al que se dirigió.

El pueblo de Israel había sido rebelde desde el principio. Mientras Moisés estaba en el monte Sinaí recibiendo la Ley, el pueblo construyó un becerro de oro para adorar. El mismo Salomón adoraba dioses ajenos, aunque él como rey representaba el pueblo ante Dios. Los asirios llevaban el reino del norte de Israel al exilio, y los babilonios llevaron unos años después los del sur. Los judíos interpretaban el exilio como un castigo por su rebeldía e infidelidad a Dios.

En el año 539 a.C., un rey persa, Cirio, dio libertad a los judíos y permitía que volviesen a su tierra. El libro de Esdras nos cuenta del proyecto de reconstruir el Templo. La reconstrucción del Templo implicaba un renacimiento, una afirmación de su identidad como pueblo de Dios, un nuevo compromiso al pacto de Dios con su pueblo.

Uno pensaría que, después de la experiencia tan amarga de exilio, que el pueblo de Israel estaría más fiel que nunca a Dios. Uno pensaría que la reconstrucción del Templo y la restauración del culto llevaría el pueblo a una entrega total a Dios y un aprecio profundo por la gracia de Dios, una gracia demostrada dramáticamente en el pacto, en el éxodo y en el rescate de exilio. Pero no era así.

Poco después de edificar el Templo, la gente caía de nuevo en un estado de descuido de su relación con Dios; tenía una falta de gratitud; se descuidaba la justi-

cia. En fin el pueblo volvía a un estado de complacencia profunda. Podemos leer más sobre ello en Nehemías, que es casi contemporáneo a Malaquías.

Ahora volvamos al texto de Malaquías. Con ese contexto en mente, escuchemos la descripción de Malaquías del pueblo de Dios. El libro abre con una afirmación preciosa de Dios.

Yo os he amado, dice Jehová (1.2a).

Dios afirma su amor para Israel. Pero luego el pueblo responde:

¿En qué nos amaste (1.2b)?

Después del retorno del exilio en Babilonia, después de la reconstrucción del Templo, ¿cómo se atreven a hacer esta pregunta? ¿Cómo pueden poner en duda el amor de Dios hacia ellos?

Luego Dios se dirige a los sacerdotes, y dice:

El hijo honra al padre y el siervo a su señor.
Si, pues, yo soy padre, ¿dónde está mi honra?;
Y si soy señor, ¿dónde está mi temor? (1.6)

Los sacerdotes menospreciaban al Señor por ofrecer sacrificios inmundos. Ofrecían pan con levadura, contraria a la Ley; ofrecían animales imperfectos, que eran cojos o enfermos. Escuchemos las palabras del profeta:

Vosotros (sacerdotes) lo profanáis cuando decís:
“Inmunda es la mesa de Jehová”, y cuando decís que su alimento es despreciable.”
Además, habéis dicho:
“¡Qué fastidio es esto!”, y me despreciáis (1:12, 13).

No es que los sacerdotes simplemente descuidaban el culto; menospreciaban la provisión de Dios para ellos en los sacrificios. Era un insulto muy profundo.

La clase sacerdotal no era el único grupo que demostraba menosprecio a Dios; era una condición generalizada. Divorciaban sus mujeres judías para casarse con mujeres extranjeras, algo en contra de la Ley. Dejaban de dar sus diezmos y ofrendas. Este asunto no era un asunto principalmente económico, que ponía en peligro el Templo y el culto, sino que era un asunto profundamente religioso. Era un descuido del pacto con Dios.

Oímos la profundidad de la putridez de su corazón en el texto que leímos esta mañana:

Habéis hecho cansar a Jehová con vuestras palabras. . . . En que decís: “Cualquiera que hace mal, agrada a Jehová; en los tales se complace”; O si no: “¿Dónde está el Dios de justicia?” (2.17)

El corazón corrupto y podrido siempre termina poniendo al revés la verdad. Dios se agrada del mal. Dios no es justo. ¿Cómo puede el pueblo de Israel hacer tales declaraciones?

Ahora llegamos al mensaje de esperanza del profeta. Es una palabra de esperanza, pero es esperanza a través del juicio. Escuchemos sus palabras. **Lee 3.1-5.**

El mensajero prepare el camino, pero cuando viene el Señor, vendrá como un “fuego purificador y como jabón de lavadores.” Afinará el oro y la plata a través del fuego. El fuego destruirá las impurezas, pero dejará el metal puro.

La venida del Señor tiene el fin de restablecer el pacto con su pueblo. Dice en 4.4, “Acordaos de la ley de Moisés, mi siervo, al cual encargué en Horeb, ordenanzas y leyes para todo Israel.” Dios quiere establecer su justicia y vivir en una relación de fidelidad, de justicia y de amor.

Pero eso no será posible sin un arrepentimiento profundo. Y al final este es el propósito de Malaquías. El profeta llama al pueblo al arrepentimiento.

¿Veis las comparaciones con la situación de nosotros cristianos hoy? Cuando estudié el texto para hoy, me impactó profundamente. ¿Cómo soy yo diferente al pueblo de Israel? ¿No he recibido yo bendición tras bendición, gracia tras gracia de la mano del Señor? ¿No he sido rescatado más que una vez de la destrucción?

En mi caso personal, es muy cierto. Nací con un agujero en mi diafragma, el músculo que hace funcionar la respiración. Me operaron con apenas 17 horas de vida. Dios me rescató. La entrega de mi vida al Señor era resultado de un rescate de parte de Dios. Pero, ¿cómo está mi relación con el Señor hoy?

En gran parte, creo que la complacencia, la satisfacción con la superficialidad describen mi vida también. No he llegado al extremo del pueblo descrito en Malaquías. No estoy profanando el templo, olvidando el diezmo y otras cosas, pero la actitud de corazón es muy similar. Me veo descrito en Malaquías, y me inquieta.

Esta actitud de corazón--la complacencia, la satisfacción con una relación superficial con Dios, la reducción de la vida con Dios a la asistencia a cultos—es bastante común en el pueblo cristiano hoy. Afirmamos, “Ya soy salvo. Cristo me ha perdonado los pecados.” Eso puede ser todo cierto, pero ¿estamos viviendo en fidelidad de todo corazón?

El mensaje del profeta es uno de esperanza, pero es una esperanza que viene a través del juicio; es una esperanza que nos espera más allá del arrepentimiento sincero.

No voy a dejaros con la afirmación clásica que apacigua la convicción en el corazón. “¡En Cristo todo está bien!” “Cristo ha venido, así que ya no tenemos los problemas del pueblo rebelde.” NO. Os dejo con las palabras del profeta, palabras que afirman el juicio y nos llaman al arrepentimiento.

Ciertamente viene el día, ardiente como un horno,
y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa. Aquél día
vendrá, los abrasará, dice Jehová de los ejércitos,
y no les dejará ni raíz ni rama.
Mas para vosotros, los que teméis mi nombre,
nacerá el sol de justicia y en sus alas traerá salvación. (4.1-2)

¡Volvéos a mí y yo me volveré a vosotros! (3.7)

[Iglesia de Jesús. Calatrava, Madrid. 9 de diciembre, 2000]